EL LABERINTO,

PERIÓDICO UNIVERSAL.

REVISTA PINTORESCA DEL TIEMPO Y DEL GLOBO.

SUSCRICION EN MADRID.
Un mes, 8 rs.—Tres id., 20.—Seis id., 36.—Un año, 70.—El número suelto, 5 reales.

N.º 20. TOMO I.—LUNES 30 DE JUNIO DE 1843.
La redaccion está en la calle de Carretas, núm. 35, cuarto segundo.—El correo franco de porte.

SUSCRICION EN PROVINCIAS.
Un mes, 10 rs.—Tres id., 28.—Seis id., 54.—Un año, 110.—Suscríbese en las librerías corresponsales de la casa.

RESUMEN.

Estudios históricos: Cárlos V, por D. Juan de Ariza.—Recuerdos de Córdoba, por D. José Amador de los Rios.—El hermano de la mar, capítulo V, por D. Tomás Rodriguez Rubí.—Sucesos contemporáneos.

ESTUDIOS HISTÓRICOS.

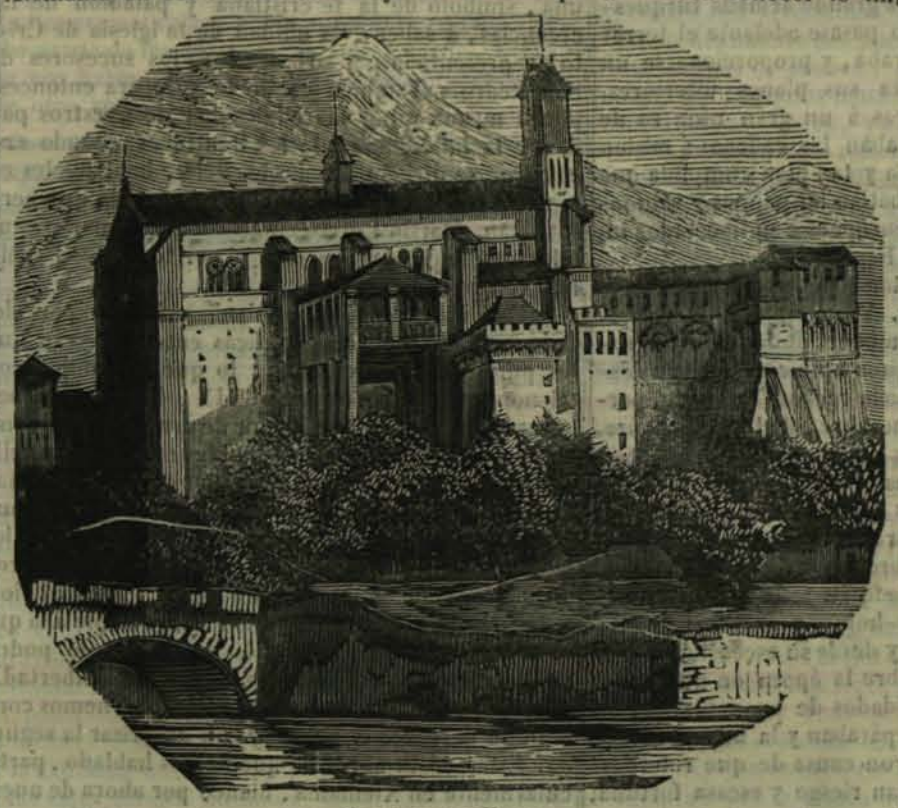
CARLOS V.

La mútua ambicion de Fernando V y de Cárlos VIII de Francia, habia despojado al rey de Nápoles de un reino que los dos ambiciosos príncipes convinieron en repartirse. Mas siendo tan difícil señalar límites á la ambicion de los monarcas, sucedió que no se encontraron á propósito para la division del reino, y fue preciso que la espada siempre gloriosa de Gonzalo cortase el nudo que las negociaciones en vano habian pretendido desatar.

Completamente desbaratados los escuadrones del francés en la batalla de Cirinola, tuvo que abandonar á su despecho todo el territorio de Nápoles; pero conservó la esperanza á la par del resentimiento, legando una y otro á su sucesor el rey Francisco.

Una doble lucha de ocupacion y de influencia en Italia, dejó el rey Fernando á un nieto triplicada seguramente con el protectorado que heredó al empuñar el noble cetro de los Césares. Rey el jóven príncipe don Cárlos de la napolitana monarquía, estaba en el deber de honor, de no permitir desmembrasen el territorio que le habia legado su abuelo; no teniendo que demostrar la insaciable sed de conquista sino por el contrario, la imponente calma de una premeditada defensa. Protector del Milanesado, y algun tiempo despues heredero del último duque; debió aprestarse á la resistencia en los campos de Lombardía, y demostrar en la ciudad de Leiva que los corazones castellanos no se arredran; que manos españolas no entregan jamás llaves á su cuidado encomendadas y que los tercios de ambas Castillas sabian perecer ó triunfar.

Interesada su política, como rey de Nápoles, como duque de Lombardía y como emperador de Alemania en ser altamente influyente en las repúblicas de Italia, tendió su amiga diestra á Génova, estrechó sus alianzas con los Médicis, haciéndolos duques de Toscana; y puso á raya las pretensiones de Venecia, cuando se le manifestó enemiga; recibiéndola en su amistad siempre que la solicitó escarmentada; queriendo mas bien su ánimo grande perdonar pasadas ofensas que hundir para siempre al vencido. Acosado prolijamente por el rey Francisco I, puesto en jaque por las contínuas alianzas del francés y los venecianos, á los que con frecuencia daba autoridad y aun material apoyo el asentimiento de los Papas, el emperador Cárlos V lidió en Italia en defensa propia, sin otra ambicion que la noble de conservar íntegros los dominios que una vez le fueron legados.



Monasterio de Yuste.

Para conocer lo imperioso de tan obstinada resistencia, bástanos contemplar un instante la grande audacia y odio profundo que su rival le profesaba; convenciéndonos de que si el rey Francisco hubiera logrado establecerse en el corazon de la Italia, no hubiera reposado un momento hasta lanzar de ella á su generoso enemigo: acosándolo en cuantos parajes hubiera podido encontrarlo, y no teniendo fin los combates sino con el entero exterminio del emperador de Alemania.

Despues de las breves líneas que hemos dedicado á probar la ninguna parte que tuvo la ambicion de don Cárlos en las complicadas guerras de Italia, solo nos detendremos unos instantes en la célebre y gloriosísima campaña contra Soliman el Magnífico, príncipe á la sazon respetado como el primer capitan de aquella era. En esta lucha de gigantes dió el rey de España la primer muestra de sus militares talentos; y aunque nos seria grata empresa entrelazar un poco sobre la frente de nuestro héroe tan brillante laurel de victoria, nos reduciremos solamente á probar, que en la famosa campaña de Hungría no fue el agresor Cárlos V.

Entregado estaba el emperador á los cuidados del gobierno, cuando recibió la triste nueva de que

un númeroso ejército de turcos se desplomaba sobre las fronteras del imperio, y de que no parecia lejos el instante en que un nuevo sitio de Viena pusiese en peligro la Europa y amenazase derribar el trono que rehabilitó Carlo Magno. La reputacion de Soliman y lo formidable de sus huestes no atemorizaron al príncipe, y preparándose á la defensa, creyó la ocasion oportuna para demostrar á la Europa que no se encerraba su reino en la estrechez del gabinete, y que el político consumado arrojaria la pluma para empuñar la espada, sin que pesase mas á su diestra la una que antes le habia fatigado la otra. Como no es nuestro ánimo el describir operaciones militares, no nos detendremos en relatar los combinados movimientos, con que evitando una batalla general, que hubiera sido muy funesta para el ejército cristiano menos numeroso y aguerrido que el del emperador de los turcos, fueron arrollados diferentes cuerpos separadamente, siendo el resultado de tan largas operaciones el retroceso de Soliman con una pequeña parte de su hueste y la salvacion de la Hungría.

La conducta sábia y valerosa del emperador Cárlos V, no solamente puso á salvo muchas provincias de su imperio, sino tambien hizo desangrarse el torrente que tantos estragos anunciaba con el gran ímpetu de su caudal extraordinario.

¿Y podrá contarse esta guerra entre el número de las emprendidas por libre voluntad del príncipe? Ciertamente no. La simple enumeracion de los hechos la califica de necesaria, presentando á su sostenedor como paladin del cristianismo; como defensor de la Europa.

Antes de discurrir un poco sobre las guerras religiosas que acaecieron en Alemania, queremos recordar dos expediciones caballerescas de muy diversos resultados; Túnez y Argél. Para decidirse á la primera, tuvo cuatro causas don Cárlos; que á nuestro parecer son las siguientes. Primera: adquirir el lauro radiante de haber colocado sobre el trono, que momentos antes le arrancáran, á un emperador desgraciado, que reclamaba su proteccion. Segunda: manifestar á su competidor Soliman con quien acababa de medir sus armas en las fronteras del imperio, que no solamente tenia fuerzas para rechazarlo en Europa sino tambien para combatirlo en el Africa; pues es de advertir que el cambio de dinastía en Túnez, se habia efectuado por Barba-Roja de oficio corsario; pero á la sazon jefe de una grande armada turquesca. Tercera: hacer que no pasase adelante el terror que el fiero corsario inspiraba, y proporcionarse un aliado en Marruecos para sus planes ulteriores. Cuarta: romper los hierros á un gran número de cristianos que allí arrastraban las cadenas: mision tan noble, tan filantrópica y tan bien cumplida que veinte y dos mil infelices batian las palmas y saludaban en todos los idiomas europeos á su libertador invicto, á Cárlos I, rey de España.

Alguna cosa de voluntario podrá achacarse á la expedicion contra Túnez. Yo no pretendo rechazarlo, porque fue sin la menor duda la gran voluntad de los héroes. Alguna ambicion podrán descubrir en don Cárlos: yo no la rechazo tampoco, porque fue la ambicion de renombre, de justa alabanza, de gloria.

Ya en tiempo de Fernando V se habia fijado la atencion de los monarcas españoles en las vecinas costas; y ya el célebre Cardenal Cisneros habia pensado fundar ciudades sobre las arenas del Africa. Este pensamiento inoculado en toda la sangre española de reyes, de ricos-homes y prelados, pasó á las venas de don Cárlos, y desde su ascension al trono, estuvo meditando sobre la época en que poder darle feliz cima. Los cuidados de su gobierno, las contínuas lides que le preparaban y la misma extension de su imperio, fueron causa de que retardase la expedicion que, con gran riesgo y escasa fortuna, tuvo que abandonar al instante. Dos móviles bastante poderosos impulsaban á llevarla á efecto: uno, el de colonizar en aquellas provincias de las que como mas inmediatas á la metrópoli, podian sacarse mas ventajas que de los imperios de América; y la otra destruir una guarida de piratas, que causaban graves alarmas en las costas del Mediodía; y que habian de causar muchos daños al nuevo comercio que imperaba con nuestras posesiones de América. En cuanto al mal éxito de la expedicion, el mismo jefe de ella lo ha dicho en estas sentidas palabras: «Yo vine á combatir con los árabes; pero no con los elementos.»

Desde los primeros años de su imperio habian cundido en Alemania las proposiciones de Lutero; cuyas doctrinas de emancipacion intelectual, particularmente dirigidas contra las prerogativas de los Papas, habian de robustecer por lo pronto la autoridad de los monarcas, para deducir nuevas consecuencias en el discurso de los años y fundar despues la emancipacion de los pueblos. El protestantismo filosóficamente hablando, ha sido una antorcha que aplicando su primer destello á la teologia y á la moral, ha conseguido prestar luz á las ciencias abstractas y especulativas, descendiendo, aunque á lento paso de la metafísica á la física, y últimamente hasta la ciencia del gobierno. Es un hecho generalmente reconocido el grande influjo que en la reorganizacion de las sociedades modernas ha sabido ejercer la reforma, y por lo tanto fuera importuno y redundante discurrir sobre una cuestion casi enteramente resuelta y tan árdua, que los mas despejados talentos se confunden, y las mas firmes voluntades ó se detienen ó vacilan. Solo nos toca investigar si la conducta de don Cárlos fue la mas adecuada posible: teniendo en cuenta las convicciones religiosas, las ideas políticas, y aun las preocupaciones sociales.

Para juzgar de un hombre cualquiera, no basta aplicar á su conducta ciertos axiomas que la sirvan como de su piedra de toque. Lo que reconocemos por una verdad absoluta en este siglo, ó no se conoció en otros siglos anteriores, ó era mirado como un absurdo y un error. En los primeros siglos de la Iglesia se condenaba sin rebozo la existencia de los antípodas, porque no habia en el mundo un Colon, y Galileo sufrió el tormento por sostener el movimiento de la tierra. Hoy todos reconocemos antípodas, y todos repetimos con Galileo «é por si move.»

Hemos sostenido poco antes que para calificar con acierto la conducta de un personaje histórico en determinadas circunstancias, es preciso tomar en cuenta las convicciones religiosas, las ideas políticas y hasta las preocupaciones sociales de la época á que los hechos se refieren.

¿Qué convicciones religiosas estaban arraigadas en el mundo cristiano á principios del siglo XVI? Sin contar otras de mayor ó menor valía, descollaba una, símbolo de la fé cristiana y paladion de las creencias, á saber: «la unidad de la iglesia de Cristo, representada por sus vicarios, los sucesores de San Pedro.» Tambien es de fé y lo era entonces, por sí misma y por la religiosidad de nuestros padres, la infalibilidad de los Pontífices cuando *ex-cátedra*, se dirigen á todos los fieles, hablándoles en nombre y como cabeza visible de la iglesia que personifican. Martin Lutero combatia mas ó menos cautelosamente estas creencias, y por lo tanto el espíritu religioso de su siglo.

¿Qué ideas políticas dominaban á principios del siglo XVI? Si por ideas políticas entendemos lo que los publicistas nos enseñan, lo que se califica con tal nombre en nuestro siglo XIX, bien puede asegurarse sin el mas leve temor de errar, que no habia entonces absolutamente ningunas. En aquella época de menos instruccion ciertamente, se habian materializado las ideas; y los hábitos y las costumbres eran el derecho público de los pueblos, de los grandes y de los reyes. Un solo principio tuvieron los siglos feudales, como garante de los convenios. Este principio era el honor. Palabra noble á la que en nuestros dias ha sustituido una que solo podria rivalizar con aquella: la gran palabra «libertad.» Pero para mengua de nuestros tiempos, hemos conseguido derrocar el primero con autorizar la segunda. Estas costumbres de que hemos hablado, particularmente en Alemania, blanco por ahora de nuestras investigaciones políticas, eran muchisimo mas feudales que en los demas estados de Europa, pues la Constitucion federal del imperio no permitia la unidad del poder supremo, que otros varios grandes monarcas habian conseguido cimentar. El pueblo reconocia y acataba unos soberanos inmediatos á los que pagaba sus impuestos y pedia justicia, y allá mas lejos vislumbraba entre la radiante aureola de las imperiales grandezas, un rey de reyes á quien no amaba ni temia, pero á quien tributaba culto. En cuanto á los príncipes electores, mitad vasallos y mitad soberanos, solian confundir con frecuencia los distintivos de ambos caractéres, y despues de haberse inclinado ante el César, iban á recibir homenajes; mirando tal vez como una gran degradacion cada tributo de respeto que habian ofrecido.

Las preocupaciones sociales participaban precisamente de las convicciones religiosas y de las costumbres políticas. Desde que la religion de Mahoma hizo prosélitos en las tribus idólatras del Oriente, y con un libro y una espada domó el Africa y se desbordó sobre Europa, una lucha contínua y por demas sangrienta habia enconado las heridas de muchos pueblos, que no podian sufrir en paciencia ni partícipes en el poder, ni dos religiones distintas. Las creencias, anatema de hierro que habia lanzado el Occidente contra el islamismo del Asia, encendieron en los pechos cristianos un fuego tan voráz y perpetuo, que hizo de todas las naciones católicas un solo pueblo, para odiar encarnizadamente á los sectarios del profeta, y la vista de Jerusalen, quizá incendió la primera chispa que habia de llevar á las hogueras tantos infelices judíos. Todas estas causas y aun otras que fuera largo enumerar, hacian que no se concibiese siquiera la tolerancia religiosa, de la misma manera que no se concibió tampoco el equilibrio de poderes, ni deslindados, ni distintos, que confusamente se invadian y que predominaban á su vez.

¿Y en esta situacion tan árdua, era conveniente ni justo que el emperador Cárlos V dejase crecer á su antojo la nueva religion reformada? No pudo hacerlo el noble César, ni como católico, ni como monarca.

No pudo hacerlo como católico ni en el concepto de emperador, ni aun en el concepto de hombre. La conciencia de tal le prescribia no separarse de las doctrinas que desde sus primeros años habia recibido como santas, y la cualidad de emperador le preceptuaba conservar sin mancha el glorioso título de primer defensor de la iglesia.

Mas prescindiendo de sus deberes de cristiano, ¿hubiera podido como príncipe tolerar ó prestar apoyo á la reforma de Lutero? No ciertamente. Las doctrinas del fraile Martin arrojaron una tea incendiaria en el corazon del imperio. Cada príncipe protestante desmembraba una noble parte de la confederacion germánica, y de un cuerpo bastante flaco iba á presentar la reforma un cadáver galbanizado, sacudiéndose á cada instante; pero sin razon y sin vida. No era posible en aquel tiempo, y la mejor prueba se halla en que no lo ha sido hasta el nuestro, que la confederacion germánica adoptase los nuevos dogmas de Lutero: ¿y si aun siendo posible una adopcion casi general se hubieran sentido sin disputa los sacudimientos anejos á una variacion repentina, qué no debia temerse en una sociedad tan completamente dividida? Mucha prudencia y mucho tacto manifestó el César en situacion tan complicada. Queriendo usar remedios dulces hizo convocar la gran Dieta y pidió á los papas un concilio. Con aplazamientos y concesiones quiso conjurar la tormenta, y cuando desnudó la espada fué mas bien contra los amigos del francés que contra los príncipes protestantes. Siendo de notar que al desarrollo de la reforma, mas contribuyeron las intrigas del rey cristiano que las predicaciones de Lutero.

Generoso el César en sus triunfos, noquiso llevar al cadalso á los principales rebeldes, teniendo por pago su clemencia, que el conde Mauricio, yerno del Landgrave de Hesse, (mozo á quien el emperador distinguia y que habia llegado á los primeros puestos de la milicia bajo la conducta del emperador mismo) creyese demasiado castigo para su suegro una prision, volviese contra su bienhechor la espada que debia blandir en su defensa, poniéndolo en tan duro aprieto, que solo pudo sacarlo airoso una particular providencia del Arbitro de los destinos.

Dolor á la par que vergüenza cuesta consignar en la historia, que mientras el emperador luchaba contra la rebelion y la heregía, el rey de Francia Francisco I, se aliaba muy estrechamente con el emperador de los turcos para que desembarcase en Italia y la llevase á sangre y fuego. Accion poco digna de un príncipe cristiano que se llamaba caballero.

En mas de una ocasion los ejércitos del César

rey, se internaron en las llanuras de la Francia, y en mas de una ocasion, París creyó verlos ante sus puertas. Habiendo manifestado claramente que la mayor parte de las guerras en que se vió empeñado el César, fueron promovidas por el monarca de la Francia, queda probada la justicia con que debieron sufrir sus dominios alguna vez los graves daños que sobre los ajenos llevaba. Pero además de tan poderosas razones tenia otras el emperador Cárlos V para batallar noblemente en el territorio francés. A varias provincias de este reino tenia derecho por legítimas sucesiones, distinguiéndose entre todas ellas la Borgoña, ducado de grande importancia y que debia tener la mayor á sus ojos, porque la herencia del gran Cárlos el Temerario debia ser sagrada para su biznieto Cárlos V.

Esta grande herencia, orígen de negociaciones y de no cumplidos tratados, hubiera sido por sí sola legítima causa para que las huestes imperiales abriesen campaña en el territorio francés; aunque no se hubieran reunido las que llevo anteriormente manifestadas; siendo de notar que en casi todas estas campañas no manifestó el rey de España aquella constancia admirable que tanto contribuyó á sus victorias. Lo que prueba con toda evidencia, que no fué la sed de conquista la que le dió impulso en estas lides, y sí la necesidad imperiosa de infundir respeto á sus contrarios, devolviéndoles alguna vez el mal que frecuentemente le hacian.

En su última campaña de Francia, sintió el valiente príncipe todos los síntomas de una debilidad creciente, hija de las grandes fatigas y de los dolores que sufria con su enfermedad de la gota. Frente de los muros de Metz rompió su espada victoriosa, y corriendo al monasterio de Yuste probó al mundo que no basta ser rey, cuando se ha sido á un mismo tiempo sabio monarca, buen capitan y buen soldado.

Muy pocos hombres han ejercido tan grande influjo sobre la civilizacion europea como el rey don Cárlos. Muy pocas personas han contribuido tanto á la reorganizacion social política, filosófica, literaria y artística como el ilustre nieto de doña Isabel la Católica. Señor directo de tantos dominios como todos los demas reyes juntos, puso en contacto distintos pueblos; y confundiendo sus costumbres, poniendo á prueba sus modelos, é interpretando sus idiomas, facilitó el contínuo cambio de ideas, y de muchas sociedades distintas formó la gran sociedad de Europa. Sus mismas guerras facilitaron este cambio, porque peleando los alemanes y flamencos tan pronto en Túnez como en Italia ó en la Francia, los italianos en el Danubio y los españoles en todas partes, trajeron despues de sus campañas las costumbres de otras naciones y la literatura ó las artes de pueblos no bien conocidos.

El descubrimiento de la América, aunque comenzado veinte y cuatro años antes de su subida al trono, tuvo tan feliz desarrollo durante su reinado que apenas dejaban recuerdo las primeras conquistas, comparándolas con los imperios de los Incas y Motezumas, conviniendo mucho no olvidar, que para que sus descendientes recibiesen oro en gran copia, él tuvo que facilitar hierro á sus conquistadores insignes.

La política de Cárlos V fué sagaz; pero al mismo tiempo bizarra. Aficionado á negociaciones y notas, no temia los argumentos del cañon y contestaba con acero y plomo á las descorteses respuestas. Tuvo por competidores grandes príncipes y descolló mucho entre ellos. Leon X, Soliman el Magnífico, Francisco I, Enrique VIII y la república de Venecia pusieron á prueba su brio y respondió á todos con la bravura de un castellano, y con la dignidad de un monarca. Entregado en sus primeros años á los consejeros flamencos, no tuvo despues otros que su buen juicio, su corazon y su experiencia. Honró igualmente á todos sus súbditos sin atender al nacimiento ni mucho menos al pais. Toledo, Leiva, Oria y tantos otros acreditan cumplidamente este aserto. Piadoso por temperamento, estaba tan lejos del fanatismo como de la incredulidad escéptica. Perdonaba con real ánimo, porque era demasiado noble para abrigar encono, y muy grande para que le asaltasen los temores. Retirado en su monasterio buscó distraccion en la mecánica el buen amigo del Ticiano; y en sus meditaciones profundas se querellaba amargamente por el mal que contra su voluntad hubiese hecho, concediendo á todos los hombres el mismo deseo de obrar bien, que dentro de sí habia sentido.

Al morir el gran emperador don Cárlos, partió su tesoro entre sus hijos. Legó al legítimo su corona, y entregó al natural su espada: dió su corazon á don Juan, y á don Felipe su cabeza.

JUAN DE ARIZA.

RECUERDOS DE CORDOBA.

"Corduba clara viris viribusque ubique timenda."

Muy niño era yo, cuando en aquella antigua ciudad, tan ilustrada por los romanos, como querida de los árabes, oí por la vez primera el verso que antecede á estas líneas, repitiéndolo frecuentemente con entusiasmo, por parecerme ya que en él se encerraba la historia de tan famoso pueblo. Hacíamelo tambien repetir, como a todos mis condiscípulos, el docto humanista don Juan Monroy, á cuyo cuidado estaba la cátedra de latinidad, situada en la catedral misma; y confieso que al salir muchas veces de clase y encontrarme con aquel bosque de mármol que puebla la antigua mezquita, sentia un vivo deseo por hacer aplicacion del verso indicado á tan suntuoso edificio, pareciéndome que los *varones* que lo habian levantado eran muy dignos de dominar el mundo. Daban consistencia á estas mis suposiciones los muchos viajeros que llegaban diariamente á la antigua córte mahometana, y que se apresuraban á visitar la grande Aljama, experimentando al parecer una admiracion profunda al pisar aquel encantado recinto; y ardia yo en las mas vivas ansias por saber lo que hablaban, dándome á Barrabás no pocas veces, porque no lo entendia, puesto que eran extranjeros la mayor parte.

Vino despues la época en que abandonando á Horacio y toda la comparsa de los clásicos latinos, me encerraron en el colegio inmediato de San Pelagio á estudiar la filosofía de Guevara. Desde la ventana de mi cuarto se descubria la *catedral* con sus muros amarillentos coronados de almenas, viéndose al otro lado el antiquísimo alcázar de los Abd-er-Rhamanes, que habia venido á ser, andando los tiempos, cárcel del santo Oficio. Durante el de mis estudios gramaticales, habia aprendido que era Córdoba patria de los dos Sénecas y de Lucano, noticia que nos habia referido nuestro buen preceptor en este otro verso:

«Duos Sénecas loquitur Corduba, unicumque Lucanum.»

En el colegio pudimos haber á las manos una historia del P. Mariana, y en ella leíamos con mas gusto que en Guevara y aprendíamos de memoria todas las batallas de moros y cristianos, llamándonos mucho la atencion aquello de la Cava y de don Rodrigo, y sintiendo de todas veras el no habernos encontrado en las jornadas de Guadalete para acabar con aquellos feroces morazos, castigando al faláz don Oppas y al vengativo padre de la desenvuelta princesa que habia perdido á España.—Veníamos despues á los tiempos en que Abd-er-Rhaman, levantándose con el santo y la limosna, se habia llamado independiente de los *Miramamolines*, nombre que á decir verdad, nos chocaba sobremanera, y reconciliándonos ya con los enemigos de las cruces algun tanto, eran de ver los castillos que fraguábamos cada uno en el aire, fingiéndonos estupendas maravillas, á todo lo cual daba aumento un antiguo y rechoncho portero del colegio que nos referia dos mil patrañas y cuentos, que podian compararse con los *tártaros* de las Mil y una noches, y que hacian de la Córdoba de Al-Manzor un paraiso terrenal.—Todas estas ideas é ilusiones, revueltas en mi pobre caletre, engendraban cierto amor á la patria de los Céspedes y los Morales, amor que solamente podia y debia explicarse entonces por el respeto que tiene la niñez á todo lo extraordinario, y que aparece fuera del círculo de su comprension y de sus conocimientos.—Las vicisitudes políticas obligaron á mi familia á abandonar la *ciudad esclarecida por sus varones y temida en todas partes por sus fuerzas*, y alejéme con dolor de mi colegio, de mi erudito dómine y de mis queridos compañeros, trayendo siempre en mi cabeza aquellas tradiciones del buen portero, tradiciones que me parecian tomar cuerpo á medida que era mayor la distancia que de Córdoba me separaba.

Pasáronse algunos años entretanto, consagrándome á mas sérios estudios, y dedicándome al par á conocer en algun modo el arte encantadora de la pintura, si bien mis tareas tuvieron siempre el carácter de un sabroso pasatiempo.—Volví al cabo á pisar el suelo de la fértil Andalucía, y recordando los dorados sueños del colegio, anhelaba llegar á Córdoba para contemplar aquella catedral, que tan bella se pintaba en mi fantasía y saludar al colegio de San Pelagio de que tan gratos recuerdos conservaba. Vime al fin bajo las cien bóvedas del gran templo, y si grande era la idea que tenia formada de él, mayor fué mi admiracion al contemplar aquel sublime monumento de la civilizacion arábiga; cuya radiante luz habia brillado á las márgenes del Guadalquivir por el espacio de cinco siglos.—Aquel maravilloso edificio, trazado por Abd-er-Rhaman, á imitacion de la gran mezquita de Damasco, y levantado sobre la antigua basílica de los cristianos, templo del paganismo en otra época, no podia dejar de excitar vivamente mi entusiasmo; tanto mas, cuanto que era el primer monumento arábigo que se presentaba á mi vista, desplegando todo el lujo y magnificencia del Oriente. Sus interminables calles de columnas de diferentes jaspes de distintos colores, sus bellísimos arcos de herradura, coronados por otros de tan gallardas formas; su espléndido *Mihrab* llamado vulgarmente la capilla del *Zancarron*; su rica capilla de Villaviciosa, su patio de los naranjos, sus muros exteriores que rematan en dentellados merlones, todo formaba un conjunto tan vario, tan nuevo y tan encantador, que hube de creer en mis antiguas ilusiones, acabando por afirmar que era poco cuanto habia leido en los historiadores sobre la suntuosidad de esta Aljama y de sus fundadores, recordando el consabido verso de *Corduba clara viris*. No tenia ya la gran mezquita los artesonados que la decoraron en un principio, cuajados de bellísimas labores bizantinas, brillantes de púrpura, oro y azul, artesonados que fueron en 1713 sustituidos por las bóvedas que hoy ostenta; ni se contaban las mil cuatrocientas y nueve columnas que en otro tiempo sostenian sus innumerables arcos; ni ardian tampoco las cuatro mil setecientas lámparas de Hixem, ni relucian finalmente sus puertas chapadas de maravillosas láminas de bronce, plata y oro.—Pero estaban allí los fastuosos mosáicos del Kiblah, brillantes de mil vistosos colores, y caprichosos dibujos; estaban allí los exquisitos relieves y menudas labores de los frisos, bordados de filigrana y aquellas misteriosas leyendas que venian á aumentar su belleza y su variedad á un tiempo; estaba allí finalmente la famosa capilla que hemos citado ya, restaurada en gran parte por el rey don Pedro, que levantaba á la sazon el opulento alcázar sevillano. Aquella capilla, aquel recóndito santuario, llamado por los árabes la *Zeca* del Occidente, que era visitada constantemente por millares de peregrinos, bastan, en efecto, para vindicar al pueblo sarraceno de cuantas injustas acusaciones se le han dirigido en diferentes épocas.

La capilla de Villaviciosa, cuya planta es cuadrada, viéndose revestidos sus muros de brillantes azulejos de igual mérito que los del referido alcázar, estuvo destinada en tiempo de los árabes á servir de cátedra en donde era leida la ley de Mahoma, segun se deduce de la siguiente leyenda que fue traducida por un docto árabe en 1766. «Esta es la sala »donde los santos doctores disputan nuestra ley.— »Alabado sea Dios Todo-poderoso.»—El pavimento de esta capilla colocada en la misma situacion que las tribunas que existen en las mezquitas del Cairo, se levanta sobre la altura de tres metros: está atravesada de Norte á Sud por dos arcadas ricamente exornadas, que reposan sobre esbeltas columnas, cuyos capiteles, aunque algo desproporcionados, se ven tallados prolijamente, caracterizando perfectamente su origen.—Presenta el muro del Este otro cuerpo de arcos sobrepuestos no menos bellos, ofreciendo el de Oeste igual disposicion, si bien á los lados del arco principal se encuentran dos puertas, las cuales comunican por medio de escaleras con el interior de la iglesia.—Sobre estos cuerpos se eleva

al cúpula, estribando en una multitud de arcos, graciosamente combinados, y volviendo á tomar en los ángulos la planta de la capilla, lo cual se aduna perfectamente con la figura polígona del coronamiento.—Osténtanse todos los muros revestidos de menudos ornatos de estuco, tallados con estremada delicadeza, presentando unas veces bellos rosetones, semejando otras caprichosas estrellas, entrelazados unos y otras con tan variadas labores de *axaraca* que encantan la imaginacion, trayendo involuntariamente á la memoria aquellos cuatro versos, que pareció consagrar Fr. Luis de Leon á la celebrada Alhambra:

De labor peregrina
una casa real ví, cual labrada
ninguna fue jamás por sábio moro....
la torre de marfil, el techo de oro.

La capilla de *Villaviciosa* encierra el sepulcro del infante de Castilla don Enrique, conde de Cabra y de Mora, é hijo de Enrique II. Al contemplar su enterramiento, no pudo menos de ocurrrisenos la idea de que si el rey don Pedro levantára la cabeza y viera ocupada la capilla que él ilustró, por el hijo de su asesino, experimentaria el mas hondo despecho.—Los dos arcos principales de esta bellísima estancia, descansan sobre dos leones, cuya cuidadosa ejecucion y verdad imitativa no pueden menos de llamar la atencion vivamente, siendo una prueba incontestable de la influencia que los árabes admitieron en su arquitectura de la bizantina. Toda esta parte de la antigua mezquita, es finalmente, de un interés sin límites para la historia del arte de edificar entre los árabes, suministrando varias observaciones, que requieren muchos pliegos para explanarse.

La capilla del *Zancarron*, el respetado *Mihrab*, es sin embargo mas digno de la estimacion de cuantos llegan á contemplarlo.—Sus brillantes y famosos mosaicos, muy parecidos á los de los antiguos pavimentos romanos descubiertos en Mérida, Tarragona, Lugo é Itálica, si bien trabajados con mayor esmero; la bellísima cúpula de la bóveda principal, formada de una sola pieza de blanquisimo alabastro, y sostenida por un elegante cuerpo de airosas columnitas, y la gracia de sus arcos, cuyos contornos parecen desvanecerse al fijar en ellos la vista, todo contribuye á dar á este departamento de la mezquita de Abd-er-Rhaman un efecto maravilloso que desvanece los sentidos, explicando perfectamente el respeto con que el pueblo musulman llegaba á pisar su misterioso recinto.

Pero si el arte arábigo reina y campea en la catedral de Córdoba, no se ha mostrado el cristiano escaso en dignas producciones. La bella *sillería* del coro, debida á don Pedro Duque Cornejo, tal vez el único estatuario de su tiempo, ofrece á los viajeros entendidos larga materia de admiracion en sus estimables relieves que figuran multitud de pasajes del *Viejo* y *Nuevo Testamento*; el facistol de bronce con sus preciosos libros de vitelas, la magnífica silla y reclinatorio del prelado, los púlpitos, las rejas, el altar mayor trazado por Céspedes, y la célebre custodia de Arce, son otros tantos monumentos de inestimable precio. La mano inteligente y diestra del insigne Pablo de Céspedes ha dotado tambien algunas capillas de joyas de gran valor, tanto en pintura como en escultura y finalmente los pintores Castillo, Valdés, Peñalosa, los Polancos y otros muchos han dejado allí testimonios auténticos de su saber y de su ingenio.—Algunos sepulcros de prelados, capitanes insignes, artistas y literatos acaban el cuadro de comparacion entre la civilizacion arábiga y la que vino á reemplazarla, á la cual se debe la construccion del crucero, obra dirigida por Hernan Ruiz que habia levantado los últimos cuerpos de la Giralda.—La religion cristiana con sus misterios y tradiciones ha consagrado últimamente aquel recinto, encontrando al lado de una de las capillas del Mediodia un pequeño bajo relieve con una figura arrodillada en ademan de orar y estos versos al lado:

El cautivo con gran fé
en aqueste duro mármol
con la uña señaló
á Cristo crucificado.

En la columna inmediata se ve trazado groseramente un crucifijo.—El patio de los naranjos con sus átrios y bellas portadas, con su torre, desfigurada ya enteramente, presta tambien un aspecto oriental á aquel encantado contorno, viéndose en los muros varias leyendas árabes, escritas unas en caractéres cúficos y otras en karmáticos, algunas de las cuales han sido traducidas por insignes orientalistas.—En el rápido bosquejo que nos vemos precisados á hacer en estos *Recuerdos*, no es posible dar razon de todo: sin embargo, trasladaremos aquí la siguiente traduccion que hizo de una de dichas inscripciones el docto don Antonio Conde:

Catedral de Córdoba.

En el nombre de Dios clemente y misericordioso.
Mando Abdalá Abd-er-Rhaman, príncipe de los fieles, amparador de la ley de Dios, prolongue Dios su permanencia, edificar este átrio, proveyendo á su conservacion y engrandecimiento, el lugar consagrado á la divinidad, esmerándose en el decoro y reverencia de su casa, conforme á la voluntad de Dios, pues en ella se ensalza y celebra su nombre, confiando recibir por esta obra, el mayor premio é indulgencia con permanente acrecentamiento de prosperidad y de buena fama. Acabóse esto con ayuda de Dios en la luna dilhagia, año 346, por manos de su siervo y ministro principal de su palacio Abdul-Ben-Batu y del arquitecto Said-Ben-Ayud.

El Mihrab, ó lugar sagrado.

El patio de los naranjos tiene debajo una gran cisterna, armada sobre grandes columnas, presentando el singular efecto de *quedar huerto pensil*, como afirma Ambrosio de Morales en sus Antigüedades de España.

A la parte occidental de la gran mezquita, ca

la puerta del famoso puente, adornada de un cuerpo elegante de arquitectura dórica cuya antigüedad quieren algunos que se remonte hasta el tiempo de los romanos, á quienes es debida la fundacion del puente, bien que otros la atribuyan á los árabes. Restauróle en 723 Alsamalo y fué reparado en 793 por Hescham, habiendo sufrido en diferentes épocas otras modificaciones mas ó menos importantes. Compónese de diez y siete arcos, cada cual de cincuenta pies de latitud, mediando de uno á otro igual distancia y teniendo la extension total de ochocientos codos, (baa), veinte de pretil á pretil y sesenta de altura. Estriba en diez y nueve gruesos machones y ostenta allende el rio un castillo, llamado *Cala-Horra*, nombre enteramente árabe y que explica su fundacion al mismo tiempo. El puente de Córdoba no ofrece, sin embargo, un carácter particular bastante á dar á conocer el estado de la arquitectura en una época dada.

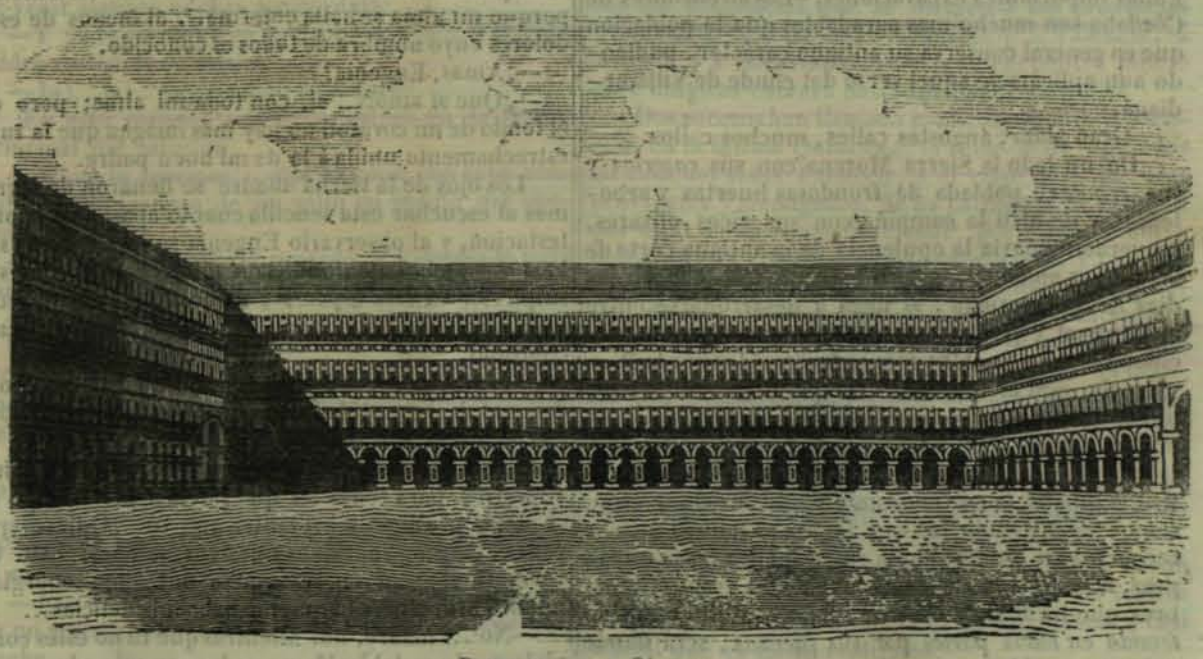
Junto al *adarve* inmediato se encuentra un monumento muy celebrado en todo el reino cordobés, el cual personifica, por decirlo así, todos los extravíos del último siglo. Consiste en un promontorio de piedras de diferentes colores y tamaños, colocadas con tan descabellado gusto que no pueden menos de producir un doloroso efecto en los hombres entendidos, que para martirio suyo lo contemplan terminando con una columna sobre la cual asienta una estátua de San Rafael, patrono de la ciudad de los Califas. Este monumento digno del mismo Thomé, ó de Borromino, se conoce con el título del *Triunfo*, y parece contener el sepulcro del obispo que lo mandó edificar, cuyo nombre no recordamos.

El colegio de *San Pelagio*, el *Palacio Episcopal* y el *antiguo Alcázar* son otros tantos edificios importantes que no distan mucho de la grande Aljama. Subiendo sobre la márgen derecha del rio, llamada la *Ribera*, se encuentra *San Nicolás* de la *Axarquía* con su esbelta torre arábiga y el convento de los *Mártires* que ha encerrado hasta hace muy poco los restos del eminente escritor Ambrosio de Morales. En el centro de la ciudad hay muchas iglesias con elegantes portadas greco-romanas, excelentes retablos y bellos lienzos de Valdés, Leal, Juan del Castillo y otros muchos, siendo tambien dignas de notarse muchas tablas de una antigüedad respetable, que como documentos históricos, merecen el aprecio de los viajeros. Entre las pocas iglesias que se han salvado de los conventos, se ven tambien algunas preciosidades tanto en la parte de arquitectura, como en la de ornamentacion movible. La iglesia de San Agustin con los apreciables frescos de sus bóvedas y sus grandiosas proporciones; la de la Victoria con su átrio colosal de gigantescas columnas; la de la Compañía, cuyo retablo mayor fué debido al famoso Pablo de Céspedes; la del Cármen Calzado, en cuyo altar mayor hay varios cuadros del citado Valdés; las capillas de San Pedro y San Pablo erigidas por San Fernando, para perpetuar la memoria del dia en que fue Córdoba arrancada al poder mahometano, y otras muchas iglesias parroquiales, en donde ya se dejan ver las formas de la arquitectura bizantina, ya del arte gótico, y ya, en fin, del morisco dán á la patria de los Sénecas un carácter respetable, manifestando al comparar estos edificios con los monumentos posteriores, los grados de cultura porque ha pasado aquel pueblo.

Entre los edificios mas notables debe contarse tambien la *Colegiata de San Hipólito*, á donde ha sido últimamente trasladado el sepulcro del famoso cronista que dejamos citado y existen los cadáveres de los reyes Alfonso XI y Fernando IV, conocido aquel con el nombre de *Justiciero*, y éste con el título de *Emplazado*. El *Hospital de expósitos*, fruto del buen tiempo de la arquitectura germana, que á fines del siglo XV habia desplegado toda su gentileza, es otro de los monumentos mas bellos de Córdoba especialmente su rica portada. Aquejadas las provincias de Andalucía en 1363 por una terrible epidemia, sufrió esta ciudad tan espantoso azote que llevó al sepulcro millares de sus moradores. En medio de tanto estrago, la fé, esa sublime antorcha del cristianismo, brilló en los corazones de los afligidos: los votos que dirigian al cielo por medio de la invocacion de San Sebastian fueron oidos, y la gratitud de los cordobeses instituyó una cofradía bajo su advocacion, fundando despues un hospital para los pobres. —Instituyóse este asilo el año mismo de la peste en un solar que era «linde de la alcaicería, llamado las *Casas del Lavatorio*,» como indica la carta de donacion que otorgó el cabildo declarándose patron suyo, y permaneció mucho tiempo en aquel lugar hasta que por acuerdo del mismo capítulo fué trasladado al *Corral de Cárdenas*, resolviendo en 13 de febrero de 1512 que hiciera la nueva fábrica, y poniéndola al cuidado del chantre don Pedro Ponce de Leon, quien no la abandonó hasta verla enteramente concluida (1) Continuó el *Hospital de San Sebastian* siendo el asilo de la humanidad desvalida hasta que en 1724, terminado ya el que levantó á sus expensas el cardenal don Fray Pedro de Salázar, obispo de Córdoba, fué destinado á casa de Convalecencia, viniendo despues á serlo de locos y últimamente de *niños expósitos*, y pasando la administracion de sus rentas á la Junta de beneficencia de aquella provincia. La portada, pues, de este hospital, cuya arquitectura pertenece al género gótico, deja entrever sin embargo, la época de transicion que empezaba para las artes españolas, cuando fué construida. —Consta de un grande arco de medio punto, dentro del cual se vé la puerta de entrada,

(1) En este hospital vivió largo tiempo el famoso cronista de Felipe II, Ambrosio de Morales, hasta que en 1591 pasó de esta vida, hallándose, segun nos han informado, su habitacion en el mismo estado en que quedó á su muerte.

PORTADA DEL HOSPITAL DE SAN SEBASTIAN EN CORDOBA.



PLAZA MAYOR DE CÓRDOBA.

revestido todo este gallardo cuerpo de junquillos, follajes, frisos, pilastras, repisas, doseletes, estátuas, escudos y pirámides de crestería, terminando con un ancho cornisamento, al cual se sobrepone un antepecho calado, y formando un todo gracioso y lozano, como pueden ver nuestros lectores por el grabado que acompaña.

En medio de la poblacion se extiende la gran plaza que sustituyó en 1551 al antiguo *coso* de los árabes, famoso por sus fiestas y sus gallardos juegos. La *Corredera* compuesta de varios cuerpos de multitud de arcos, presenta un aspecto agradable, siendo digna de examinarse aquella vasta extension en los dias de mercado, en que todo el mundo concurre á ella y en que desde el grande arco oriental hasta el de Occidente se halla todo cuajado de los exquisitos frutos que produce aquel antiguo reino. Por vernos obligados á pasar ligeramente sobre todos estos objetos que recordamos con gusto, no nos detenemos aquí á bosquejar las costumbres del pueblo cordobés, comparándolas con las del sevillano, comparacion pintoresca y de que una pluma, acostumbrada á semejante género de escritos, puede sacar muchas ventajas. –Mas allá de la *Corredera* está la parroquia de San Pedro, cuya alta torre conserva fatales tradiciones y mas lejos se vé una casa con una fachada de órden dórico, en cuya cornisa hay una matrona con dos niños, figurando la *Caridad*. Esta casa, fundada por don Gutierre de los Rios, es una especie de hospital en donde quiso este ilustre caballero que encontrasen benéfica acogida los menesterosos de su familia. Ingrato seria yo, si al escribir estos descoloridos *Recuerdos*, no consagrase una línea sola para expresar mi reconocimiento hasta un ascendiente mio, que tan nobles y tan humanitarios sentimientos abrigaba. Don Gutierre de los Rios recibirá siempre las bendiciones de sus herederos.

Dando la vuelta á Córdoba por la puerta nueva y contemplando siempre aquel muro, mitad romano y mitad árabe, se pasa por el sitio llamado la *Fuensanta*, hallándose mas adelante la puerta del Colodro y la torre de *Malmuerta*, levantada en 1406 por Enrique III, para defensa de las murallas. --Su gran mole que contrasta con las casas inmediatas del *matadero*, ofrece un aspecto verdaderamente romancesco, viéndose sobre el arco que abre paso á la plaza de la *Merced* las armas reales y encima esta leyenda.

En: el: nombre: de: Dios: Porque: los: buenos: fechos: delos: reyes: non: se: olviden: esta: torre: mandó: facer: el: muy: poderoso: rey: don: Henrique: é: comenzó: el: cimiento: el: Dr.: Pedro: Sanchez: corregidor: de: esta: cibdad: é: comenzóse: á: sentar: en: el: anno: de: nuestro: señor: Jesu-Cristo: de: MCCCCVI: é: acabóse: en: el: anno: de: MCCCCVIII: annos:

Las puertas del Rincon y del Osario no distan mucho de esta torre, dando la vuelta la muralla hasta dirigirse al paseo de la *Agricultura*, y dejando á la derecha el convento de la Merced, obra del tiempo de Churriguera, en donde se han hecho en este año algunas importantes excavaciones. –Los alrededores de Córdoba son mucho mas agradables que la poblacion que en general conserva su antiguo carácter, pudiendo aun aplicársele aquel verso del conde de Villamediana.

Gran plaza, angostas calles, muchos callos.

De un lado la Sierra Morena con sus *caseríos* y sus *ermitas*, poblada de frondosas huertas y arboledas, y de otro la campiña con sus ricos olivares, recuerdan todavía la opulencia de la antigua córte de los árabes andaluces y prometen á Córdoba largos dias de prosperidad, si llega á desarrollarse entre nosotros el espíritu comercial que constituye la felicidad de otros pueblos menos favorecidos por la Providencia --Si el caudaloso rio que riega sus muros, ofrece como esperan todos los que aman el bienestar de España fácil comunicacion con la gran metrópoli de Andalucía, si Córdoba logra extraer los frutos que no puede consumir y que le sobran en su suelo, adquiriendo los que le hacen falta, Córdoba recobrará su antigua fama entre las ciudades europeas, manifestándose digna cuna de los grandes hombres que ha alimentado en su seno.—Entonces, sino *temida en todas partes por sus fuerzas*, será donde quiera conocida por sus riquezas, como es ahora famosa por sus monumentos, y sobre todo por la suntuosa Aljama de los Abd-er-Rhamanes.

JOSE AMADOR DE LOS RIOS.

EL HERMANO DE LA MAR.

—

CAPITULO V.

VISITA NOCTURNA.

Lloraba la niña,
y tenia razon.
(*Góngora.*)

En la quinta y en la misma sala baja de que hablamos en el capítulo primero, se hallaban Eugenia y su madre la noche que sucedió á la tarde de la discusion en el café de Europa de que nos hemos ocupado en el capítulo anterior.

Sobre una blanda y cómoda butaca está lánguidamente reclinada la esposa del europeo, ausente todavía, y ya se deja notar por la palidez de su semblante la enfermedad que lentamente hace tiempo que la consume, y que muy en breve cortará el hilo de aquella existencia tan llena aun de hermosura y al parecer de vida y animacion. Al considerarla en este momento, cualquiera diria que olvidada de sus padecimientos interiores, solamente se cuidaba de contemplar en delicioso éxtasis á su hija que á muy corta distancia de ella hojeaba distraida una edicion lujosamente ilustrada del *Paraiso perdido*, y en seguir con su mirada maternal las multiplicadas aspiraciones que agitaban el albo seno de su única heredera. Eugenia sin notar que su madre la observaba, dejó caer sobre los apiñados pliegues de su ancha falda el libro de MILTON, y al inclinar la cabeza sobre el pecho, un hondo suspiro hendió el embalsamado ambiente de aquella brillante habitacion, en la que por espacio de breves instantes reinó el silencio mas profundo.

La esposa de don Julian, fue la primera que lo interrumpió.

—He observado, Eugenia mia, que algun oculto pesar te ha arrebatado la tranquila felicidad de que hasta hace poco te he visto rodeada.

Eugenia levantó su hermosa cabeza y con una imperceptible sacudida intentó desprender de su imaginacion los pensamientos que entonces la ocupaban, y respondió á su madre afectando una tranquilidad de espíritu, que realmente no tenia.

--No, madre; soy feliz como siempre, porque á tu lado es imposible dejar de serlo.

--Sentiré con todo mi corazon que no seas en este momento tan ingénua como es de desear; porque en el corazon de una madre caben todos los secretos de sus hijos, y en él únicamente es donde estos pueden encontrar el bálsamo consolador para todas sus dolencias.

—Lo sé muy bien, madre mia; pero si yo no dejo asomar á mi rostro la alegría que en otro tiempo acompañaba á todas mis acciones, no es ciertamente porque mi alma se halla enferma... al menos de esos dolores cuyo nombre de todos es conocido.

—¿Amas, Eugenia?

—¿Que si amo?... si, con toda mi alma; pero en el fondo de mi corazon no hay mas imágen que la tuya estrechamente unida á la de mi buen padre.

Los ojos de la tierna madre se llenaron de lágrimas al escuchar esta sencilla cuanto apasionada contestacion, y al observarlo Eugenia se precipitó en sus brazos y ambas confundieron allí besos, lágrimas y suspiros.--A esta espansiva demostracion de su recíproco cariño sucedió la calma, y la madre de Eugenia continuó:

--No sé por qué te has condenado, desde poco despues de la partida de tus padres, á vivir en perpétua reclusion. Estás, vida mia, en la primavera de tu edad, y el bullicio del mundo ofrece siempre muchos atractivos para todas las que pueden presentarse en él con el prestigio y brillantez que tú. ¿Quieres que para el domingo abramos nuestros salones? Esto tal vez hará renacer en tí aquella bulliciosa energía é infantil aturdimiento que formaba mis delicias...

--No!... madre, no. Mientras que tú no estés completamente restablecida y puedas con mi padre presidir nuestros festines, no quiero presentarme en la sociedad.

--¿Hasta que yo me restablezca?...

—Sí, sí; hasta entonces, que será pronto, ¿no es verdad?...

—Tal vez...— le contestó con amarga sonrisa.— Voy á hablarte, una vez que tu corazon se halla enteramente libre, de un asunto que tu padre al separarse de nosotras me encargó que te consultára, y que no quiero dejar de hacerlo porque ya sabes que nos ha anunciado su próximo retorno. Nuestros parientes los jefes de la casa de Andrade, hace algun tiempo que nos han pedido tu mano para unirla á la de Cárlos. Hemos considerado esta boda por el lado de la conveniencia social, y nos ha parecido digna de tí; pero no hemos querido comprometer nuestra palabra, porque deseamos que la eleccion en este punto la ejerzas con la mas cumplida libertad, y porque tu fortuna no necesita, felizmente, de la proteccion de nadie para asegurarte un magnífico porvenir. He cumplido con mi encargo; conoces las circunstancias y carácter del que te solicita, y en vista de todo puedes resolver aquello que esté mas en armonía con las afecciones de tu corazon.

Eugenia contestó con su natural viveza.

--De agradecer es que nuestros opulentos parientes se hayan acordado de mí para enlazar mi mano con la de su heredero universal; pero creo desde ahora madre mia, que no es Cárlos el hombre mas á propósito para asegurar mi felicidad. Es cierto que es muy jóven todavía... pero su carácter frívolo, sospecho que tendrá poca variacion... y esto lo consideraré siempre como una verdadera calamidad.

—De todo se trata menos de violentar tu voluntad en lo mas mínimo: piénsalo detenidamente, y cuando llegue el caso, tú dictarás, hija mia, la respuesta que se ha de dar á nuestros parientes.

Un criado anunció en aquel momento á don Cárlos de Andrade, y despues de obtenida la venia, entró el almibarado orador del café de Europa con el mayor desembarazo, haciendo resonar sus espolines de oro y chascando su latiguillo de Bengala.

--Buenas noches, querida tia: á Dios, hermosa Eugenia; dijo hundiéndose en el mullido asiento de un rico sillon de ébano, y sin esperar pregunta siguió hablando.

--Advierto á ustedes anticipadamente para que me perdonen cualquiera falta en que pueda incurrir, que vengo de cierta parte donde me han puesto de un humor de todos los diablos.

--Pues es muy estraño.....

--Me esplicaré, mi respetable tia: me iba usted á decir que es muy estraño que venga aquí de mal humor faltando á todas las reglas de la política y de la fina urbanidad... es muy cierto, exactísimo, pero cuando se trata de un ataque directo á la reputacion mas inmaculada, de una calumnia soez dirigida al honor mas puro y santo, entonces no hay paciencia que resista, no hay moderacion posible, y se pierden fácilmente los estribos. Uf!.. y montó familiarmente una pierna sobre otra.

—Razones son todas esas, dijo la madre, para excitar el enojo de todo buen caballero; pero tú sueles ver todas las cosas á través de un prisma no siempre el mas exacto..... y á los diez y siete años..... Vaya, sepamos, si no es un secreto, qué atacada reputacion es esa, y de qué calumniado honor se trata.

--Yo espero, mi buena señora, que si Vd. llega á saberlo, tomará como yo el cielo con las manos, porque es la cosa mas inaudita..... me horripilo!.... y..... no; no, yo no debo hacer á Vds. una revelacion de esta naturaleza; porque las mortificaria inútilmente, y ademas Alvarado y yo hemos tomado nuestras medidas sobre este particular.

Eugenia se estremeció al oir el nombre de Alvarado, y su madre revistiendo su semblante de noble severidad, preguntó á Cárlos:

—Pues qué, ¿esos ataques y calumnias pueden tener con nosotros alguna relacion?

--Pues ahí está; si señora, y muy directa.....

--Entonces te mando que reveles.....

Para qué, madre? dijo Eugenia interrumpiéndolos; yo sin saber nada me imagino todo lo que puede ser. He oido sonar el nombre del Inca en los lábios de Cárlos, y como tengo algunas razones para creer que no hay para ese hombre virtud posible en la tierra, ni por consiguiente nada digno de respeto, se habrá entretenido sin duda en inventar una novela de la que tal vez yo seré la heroina; novela á la que

no debemos conceder los honores de que ahora nos la describan, porque eso seria dar mucha importancia á lo que en concepto mio solo merecerá el mas profundo desprecio.

—Te engañas; reprodujo el atolondrado jóven, debieras de hacer mas justicia á don Luis de Alvarado, de quien sin saber por qué tienes un concepto que le favorece bien poco: es un amigo verdadero y leal; se ha proclamado conmigo defensor de tu inocencia, y conmigo tambien ha arrojado el guante para que lo recojan tus detractores, que hasta ahora no conocemos.

Y aquí refirió ligeramente con algunas supresiones y adiciones en su favor, la discusion que habia tenido lugar aquella tarde en el café de Europa, y como Eugenia habia ocultado á su madre todo lo que tenia relacion con el Inca en el suceso de la expedicion á la montaña, esta no pudo menos de interpretar favorablemente el comportamiento caballeroso de aquel hombre, cuyas intenciones no era fácil dudar con tales apariencias. Despues contestó á su sobrino con la serenidad que presta siempre una conciencia tranquila.

—Muy triste es por cierto que cuatro desocupados tomen como punto de distraccion objetos que debieran respetar; pero á esta desgracia no debemos oponer mas que un frio silencio y una vida entera de pureza y ejemplar virtud.

—¿Quién duda eso, mi virtuosa tia? Las personas sensatas no pueden nunca dar crédito á semejante monstruosidad; pero ya se vé, no siempre puede uno ser dueño de sí mismo, y como á nadie mas que á mí correspondia de derecho la vindicacion, he estado á punto de hacer una barrabasada retando á toda la ciudad para que en campal batalla.....

—Nada, nada de ruido, mi querido sobrino; con lo hecho basta, y yo te lo agradezco. Manifiesta al señor de Alvarado que estoy muy reconocida á su generosa caballerosidad, y que se lo significaré personalmente cuando quiera volver á honrar nuestros salones.

Eugenia quiso hablar, y la voz espiró muda en su garganta por dos veces.

En seguida se habló de cosas indiferentes, y sintiéndose despues la madre de Eugenia un tanto fatigada, Cárlos se despidió hasta el dia siguiente; aquella se recogió en el lecho, y dos horas despues Eugenia se retiró á su pabellon.

En él la esperaba ya su camarera para asistirla como de costumbre en el tocado de noche; pero Eugenia la despidió sin utilizar sus servicios, porque jamás habia sentido tanto la necesidad de estar sola, á fin de entregarse sin testigos á sus contínuas reflexiones. A la primera ojeada comprendió la torcida intencion del Inca, y el maquiavélico plan que se habia propuesto. La memoria de este hombre, cuyas amenazas habia despreciado en un principio, á todas partes la seguia inspirándole un profundo terror, porque á juzgar por los antecedentes que existian palpitantes en su imaginacion, le consideraba ya capaz de aventurarlo todo á trueque de realizar sus infernales propósitos. ¿Cómo huir de un enemigo tan formidable que privadamente no desaprovechaba ocasion para verificar su abominable triunfo, y que sin embargo, aparecia en público como el mas celoso impugnador de las calumnias que él mismo fraguaba y esparcia? Desde aquel momento Eugenia pensó en no quedarse sola jamás, y por la primera vez tuvo miedo al tender una mirada por la habitacion en que se hallaba, resolviéndose á abandonar el pabellon y á no dormir en él desde la noche siguiente.

Abrió su diario: escribió en él algunas líneas, fiel descripcion de lo mucho que sufria, y mas tranquila despues con el silencio y calma que reinaban, se dejó caer en el lecho sin desnudarse, corriendo al mismo tiempo las cortinas.—Pasada media hora, un sueño agitadísimo se apoderó de sus sentidos, y en este momento asomó por una puerta secreta, perfectamente encajada hasta entonces en uno de los lienzos de aquellas paredes, la siniestra faz del *Inca*, expresando todo el gozo, toda la malignidad con que suelen pintarnos á Luzbel arrebatando un alma á la bienaventuranza.

Rápidamente se deslizó por la doble alfombra del aposento: examinó con la misma celeridad sus entradas y salidas, y seguro ya de que no podia ser sorprendido, se acercó al escritorio de ébano de Eugenia y se apoderó de una linda miniatura en que estaba esta representada con toda la gala y esplendor de su extraordinaria hermosura. Despues se acercó á su lecho y levantando la cortina contempló el agitado sueño de Eugenia, y sentándose en una punta de la cama sin ninguna precaucion dijo para sí henchido de bárbara complacencia. «Soñando está conmigo.»

Al natural movimiento que el lecho produjo, Eugenia dispertó sobresaltada, y al ver sentado á sus pies al audaz Alvarado lanzó un grito agudísimo y quedó como petrificada.

El Inca la miró impasible y por último le dijo con su acostumbrada sangre fria.

—La casa está á mucha distancia: la camarera está hablando con su amante, y al saber que la habian dejado á Vd. tan abandonada, no he dudado un instante en venir á hacerla compañía.

—Dios mio! murmuró Eugenia, amagada de una convulsion.

—Puede Vd. tranquilizarse, señorita, mi intencion no puede ser mas meritoria. Ciertamente que le habrá sorprendido esta visita; pero Vd. no ha debido olvidar que cierta noche la prometí que me encontraria muchas veces donde menos lo esperase..... y ya ve Vd. que yo cumplo lo que ofrezco.

—Miserable!... dijo Eugenia recojiendo todas sus fuerzas; no emponzoñe vd. con su aliento venenoso esta mansion. Huya Vd.! que no le vean mis ojos!.. porque será en vano su osadía aunque recurra á la violencia.... daré voces!...

—No se trata de tanto por ahora, ni yo apetezco favores tan fáciles de alcanzar de esa manera. No, Eugenia encantadora; si tal hubiera sido mi propósito, nadie podia haberme impedido que esta noche la hubiese aletargado haciéndole aspirar durante el sueño cualquiera de las preciosas esencias que poseo.... pero, nada; yo solo he venido á saludarla en el centro de su alcázar, y á recoger una prenda cualquiera, que desde hoy en adelante será prenda de amor. ¿Le parece á Vd. esta bastante? dijo mostrándole la miniatura.

—Cielos!.. mi retrato.....

—Cabal, señorita: este retrato no volverá al poder de su legítimo dueño si no acosta de algunos sacrificios....

—Jamás!. ¡jamás procuraré reconquistarlo!

—Considere Vd. que una prenda de tal naturaleza enseñada en un sitio público y con la oportunidad que yo sabré proporcionar..... dice mucho mas de lo que parece.

—Malvado!...

—Nada, nada, dijo el Inca sonriendo irónicamente; es inútil que se moleste Vd. en prodigarme tan lisonjeros epítetos..... medítelo Vd. bien..... yo tengo una paciencia incomensurable, no tengo nada que hacer, y por ahora no le fijo ningun plazo.... mas adelante podrá ser.... únicamente me tomaré la libertad de venir algunas noches á recordarle.....

—Y yo le juro que en la primera que lo verifique saldrá castigada su osadía.....

—Ja!.. ja!.. ja!... como esta noche.....

En esto sonaron repetidos golpes en la puerta principal del pabellon.

—Ahora lo veremos!.. dijo Eugenia con tono amenazador poniéndose de un salto en medio del aposento.

—El Inca permaneció sentado, y Eugenia le miró con asombro.

—Ya ve Vd. que estoy impasible al lado del peligro y teniendo franca la salida. —Y bien, vendrán y me encontrarán encerrado en su habitacion y sentado en su propio lecho en las altas horas de la noche. Perfectamente!....

—Dios mio! este hombre es un aborto del infierno!..

Y los golpes los volvieron á repetir, y Eugenia entonces le hizo seña para que se retirase por la puerta secreta que estaba abierta todavía.

—Eso es ya muy diferente: si Vd. me lo suplica yo no puedo menos de complacerla..... hasta otra noche.

Y desapareció con la rapidez del relámpago.

Un instante despues entró en el cuarto la camarera y se sorprendió al ver á Eugenia vestida á aquellas horas y con el rostro tan pálido como el de un cadáver.

—¡Dios mio! señorita ¿aun no se ha recogido Vd?

—Y Vd.? le dijo Eugenia con severidad....

La camarera bajó los ojos avergonzada.

—¿Quién ha llamado á la puerta del pabellon?

—Damian, señorita, que ha venido á anunciar á Vd. que acaba de llegar el amo.

—Mi padre!.... cuánto me alegro!.... vuelo á sus brazos..... exclamó tomando un chal y disponiéndose á salir.

La camarera fué á prendérselo, y Eugenia rechazándola la dijo secamente desde la puerta.

—No he menester ya de sus servicios. Mañana saldrá Vd. de esta casa para siempre.

T. R. Rubi.

SUCESOS CONTEMPORANEOS.

Se ha señalado la permanencia del duque y de la duquesa de Nemours en la capital de Inglaterra por las fiestas con que les ha agasajado la reina Vitoria. Brillante y lujoso ha sido el baile en que se ha presentado la flor de la aristocrácia con trajes iguales á los que usaban sus respectivos antepasados de 1740 á 1750: numerosa concurrencia ha asistido á la carrera de caballos verificada en las cercanías de Lóndres. Para obsequiar al rey de Bélgica se prepara otro baile de trajes no menos magnífico y suntuoso que el primero. Lóndres ha sido visitada en el trascurso de pocos meses por cuatro grandes soberanos de Europa. Ha producido allí una suma respetable el baile dado á beneficio de los hijos de la desventurada Polonia.

Es singular en sus actos el emperador de todas las Rusias: hace un año prohibia á sus súbditos el recreo de los viajes: ahora obliga á los que salieron de sus dominios antes de adoptada esa medida, á que se presenten en Rusia á lo menos cada dos años, permaneciendo allí por cierto tiempo. A los pocos dias de dictar el primer decreto, se dirigia el buen autócrata á Lóndres, y no han de pasar muchos dias despues de dictar el segundo sin que visite al rey de Prusia.

Prolóngase la crisis ministerial en Bruselas; se ocupa mucho del matrimonio de la reina de España la *Gaceta de Augsburgo*; ni M. Rossi, ni Castillo y Ayensa adelantan mucho en sus pretensiones cerca de la córte de Roma: próximas estan las Cámaras francesas á terminar una de sus mas largas y laboriosas legislaturas: es probable que el gobierno francés conceda permiso al conde de Molina para dirigirse á los Alpes á tomar baños: en Portugal no sucede nada notable.

Son muchas las familias que se ausentan de Madrid huyendo de los rigores del verano, que, si bien tardíos, se anuncia como suele. Van llenas todas las diligencias que se dirigen á las provincias Vascongadas y á Bayona, á Murcia y á Valencia, á Aragon y á Barcelona. Apenas se encuentra billete para ninguna carrera hasta mediados de julio.

Dos sucesos han llamado particularmente la atencion en la última Quincena; la reunion de diputados en casa del señor Pacheco, y el viaje de S. M. á las provincias Vascongadas. Se ha calificado la reunion por unos de anti-constitucional, por otros de anti-monárquica, por algunos de innecesaria, y por pocos de insignificante. Sin entrar nosotros en el análisis de esas diversas calificaciones, nos limitaremos á decir que la última es de seguro la menos exacta de todas, pues nos parece que ha de probar el tiempo que la esclusion del conde de Trápani como aspirante presunto á la mano de nuestra reina, tiene casi universal eco en España.

Acerca del viaje de S. M. á las provincias Vascongadas, hay una opinion unánime manifestada por la prensa, y se reduce á desaprobarlo en las circunstancias actuales. Ignoramos qué causas hayan contribuido á determinar que ese viaje se realice despues de haberse anunciado de una manera casi oficial que ya no se realizaria.

Ha llegado á Barcelona el infante don Enrique, hijo segundo del infante don Francisco, y ha tenido la honra de ser invitado á comer con su augusta

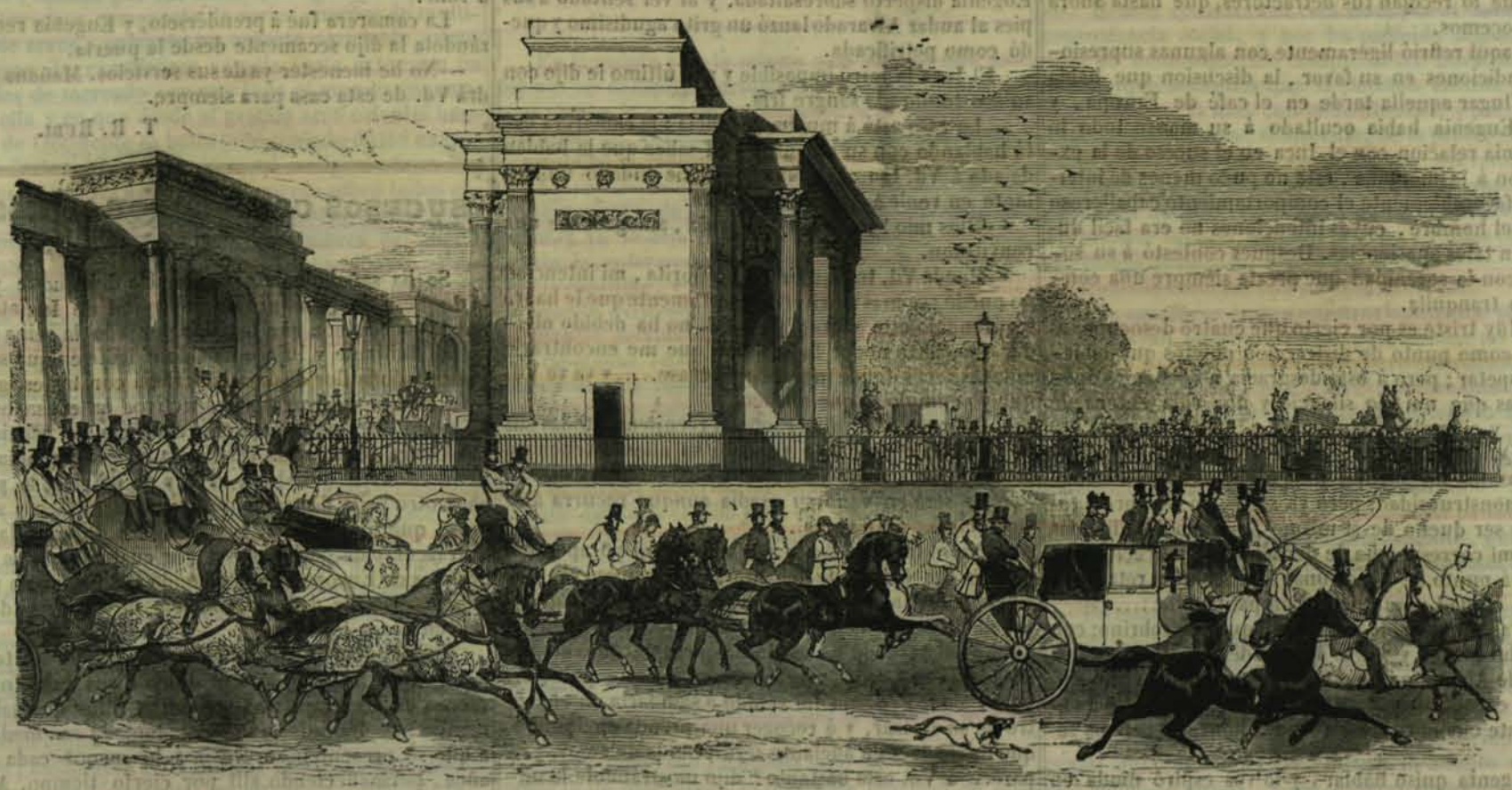
prima. Asistieron á la comida doña María Cristina de Borbon y la infanta doña Luisa Fernanda, y entre varios personajes el presidente del Consejo de ministros, el general Concha, el señor de Rubianes, don Nicolás Luis de Lezo, el marqués de Malpica y el jefe político, el intendente y el regente de la Audiencia de la capital del Principado.

Ya han sido nombrados varios individuos de los que han de componer los consejos provinciales: se aguarda con impaciencia el nombramiento de los que han de formar el Consejo de Estado, y hay quien asegure que todos sus individuos serán elegidos entre la clase de ex-ministros.

Con la órden del jefe político de Madrid para perseguir sin tregua el juego, ha coincidido la nueva ley de Bolsa: parece como si se hubiera querido evitar que algun dia llevados de su celo los agentes de seguridad pública sorprendiesen la reunion de los Basilios, donde se *envida* y *se quiere*, y *se puja* y *se copa* como quien juega al *parar* ó al *monte*.

Al fin ha llegado á Barcelona el señor ministro de Estado despues de un largo y penoso viaje. No es cierto como se dijo que volcára el coche que le conducia, sino que se atascó algo mas allá de Zaragoza, viéndose precisado el señor Martinez de la Rosa á andar á pie largo trecho; verdad es que si continúa el abandono en que se halla el camino desde Zaragoza á Fraga, dentro de poco solo para los pájaros ha de ser transitable.

Hace pocos dias se ha publicado una litografía



Una corrida de caballos en Lóndres.

que representa al conde de Montemolin: se vendia en las librerías de Matute y de Monier: á los tres dias de hallarse de muestra el retrato del hijo de don Cárlos, unos ciudadanos que pasaban por la calle de Carretas hicieron pedazos la lámina y el cuadro que la contenia, y consiste en que cada dia hace mas progresos entre nosotros la tolerancia. Recordamos que tampoco se permitia vender el retrato del conde de Belascoain despues del 7 de octubre, mientras ahora vemos de muestra en todas las esquinas los retratos de Espartero y de Zurbano. Nuestros mayores quemaban á los hereges en efigie; nosotros nos ensañamos contra nuestros adversarios en estampa.

Va á juzgar el público en breve de dos ensayos hechos por los maestros Saldoni y Espin, á fin de introducir en nuestro teatro la ópera española. Saldoni ha compuesto una ópera titulada *Boabdil*, cuyo libreto es original del señor Aurioles: Espin ha escrito el *Asedio de Medina*, cuyo libreto es del señor Romero Larrañaga. Ya hablaremos con detenimiento del éxito que hayan obtenido en el Liceo algunas piezas de la primera, y en el teatro del Circo el primer acto de la segunda. No podemos menos de elogiar los afanes de estos artistas, que sin mas auxilio que sus propias fuerzas, se han aventurado á la senda de las innovaciones con la inseguridad de que hallen sus desvelos el galardon merecido.

Debe instalarse muy pronto la junta nombrada por la empresa del teatro del Príncipe para aprobar las piezas que hayan de ponerse en escena. Parece que ascienden á cuarenta y siete las producciones presentadas hasta el dia, y que han de ser juzgadas por rigoroso turno. Este es sin duda el método mas sencillo y una muestra de la imparcialidad que se observará indudablemente en una junta, cuyos individuos no escriben á la sazon para el teatro.

Carlos V y el Tiziano.

RIENZI

ó

EL ULTIMO DE LOS TRIBUNOS.

Novela histórica del Siglo XIV, que escribió en inglés Sir E. Bulwer. Consta de Dos tomos en 4.º, ó sean 28 entregas, con muchas y hermosas láminas grabas en madera por artistas aventajados, y repartidas en el testo, de una edicion magnífica y papel superior.

La obra completa se vende en las librerías de su Editor Don Ignacio Boix, calle de Carretas núms. 8 y 35, al precio de 84 rs. en rústica, 90 en pasta ordinaria en un volumen, y 94 rs. holandesa fina con relieves.

Director y Editor D. A. del Rio.

en las prensas mecánicas de D. I. Boix.